

Antonia ARSLAN: *La masseria delle allodole*, Milano, Rizzoli, 2004, 234 pp. (traducción española *La casa de las alondras*, Barcelona, Lumen, 2006, 264 pp.)

Antonia Arslan, en esta primera novela, ha dado voz a sus orígenes armenios. Por esta razón, porque nos acercamos a la «novela de su familia», la memoria trágica de sus ancestros paternos actúa de hilo conductor de las dos partes de la obra: el tío Sempad y Shushaning. El libro tiene por destinataria concreta a la tía abuela de la escritora, Enrica-Henriette, *la que nunca creció*.

La autora véneta indaga en esta obra en una memoria de devastación y de dolor, la del exterminio del pueblo armenio, que es, para ella, la del exterminio y la de la aniquilación de los miembros de su propia familia. Pero, a pesar del horror de los hechos públicos y personales visitados en el texto, estamos ante un relato cálidamente entrañable, en el que se da cabida a la esperanza. *La masseria delle allodole* es el recuerdo amoroso de una voz antigua oída en familia; la historia terrible, que desde niña quedó grabada en la memoria de Antonia Arslan. Esa voz ahora ha decidido abandonar el recinto familiar y romper el silencio, y ha irrumpido poderosamente en la vida de todos nosotros.

El éxito de la novela, que ha ganado más de quince premios literarios, entre los que destaca el del PEN CLUB de 2005, así como su traducción a las distintas lenguas de cultura y su próxima versión cinematográfica, nos habla sin duda de la talla de una obra que ha logrado conmovernos a todos. Su primera edición, en abril de 2004, inserta además la crónica de la familia de los Arslan en la encrucijada de la historia más reciente de Europa, en su reorganización y en su nueva configuración como comunidad internacional. Fuera de los intereses concretos del nuevo y futuro trazado de las fronteras europeas, la novela se suma además a las reflexiones de los escritores e intelectuales del siglo XXI que apuestan por la paz en un contexto mundial sobrecogido por la violencia y por la guerra.

En este ámbito «pacifista» internacional, muchas de estas figuras del mundo de la cultura se sumaron a la voz del medio millón de personas (número igual al de las víctimas) que el 25 de abril de 2005 subieron al monte Tsitsernakaberd, en Yerevan, la capital de Armenia, para homenajear a los exterminados, en el 90 aniversario de la masacre. Los armenios de la diáspora se reunieron además en las capitales europeas más importantes para exigir el reconocimiento internacional y la condena del genocidio.

La obra de Antonia Arslan es, pues, dado su argumento, una novela histórica en la que se entremezclan los recuerdos y las crónicas privadas de su familia. Por este motivo, estamos también ante un libro de memorias. En este entretejer las vivencias personales con la historia oficial, sigue Antonia Arslan, de una forma interiorizada, propia y natural, la mejor tradición de la narrativa italiana contemporánea, sobre todo la escrita con pluma de mujer. El eco de Natalia Ginzburg y su *Léxico familiar* o el de Elsa Morante y *La historia* está en la génesis última de su historia de dolor y de evocación.

El legado de Alessandro Manzoni es también evidente en *La masseria delle allodole*. El sentir ético y espiritual de Antonia Arslan, constante a lo largo de

todo su texto, se conjuga así con el tono narrativo más decimonónico de la segunda parte de su obra, donde la huella de la novela «popular» del XIX italiano, cuyo modelo es en gran parte manzoniano, permite dar al relato una agilidad narrativa muy notable; hecho que favorecerá su trasvase al lenguaje del cine.

La reciente historia europea cobra, pues, importancia en esta novela en la medida en que resuenan en ella la emoción y el recuerdo de una identidad propia. La voz interior de la escritora, que es la voz de su familia y la de toda su comunidad, ha decidido contar sus propias *vivencias* para guiarnos así a través de un espacio y de un tiempo hondamente sentidos por todos ellos: la primavera de 1915 en Anatolia.

En aquella encrucijada bélica, marcada por la voluntad nacionalista y expansionista de las mayores potencias europeas, también por Turquía, en el momento en que se asiste al derrumbamiento de los imperios austro-húngaro y otomano, y a una nueva configuración política europea, como muchas otras veces a lo largo de nuestra historia reciente, a pesar del terror, queda en la tierra un resquicio para la esperanza. El bien, el amor, la piedad y la vida, en lucha contra el mal, la destrucción, la guerra y la muerte se erigen, en este texto, en los verdaderos protagonistas de una historia privada y real, que como siempre sucede en las *crónicas familiares*, es la historia de los inocentes. De ahí la importancia que los mansos, los limpios de corazón, los humildes, los piadosos, las mujeres y los niños cobran en esta obra.

A pesar de la violencia destructora y de la crueldad encontrada en *La masseria delle allodole*, nos hallamos, sin embargo, ante un relato de salvación. Por este motivo, la novela de Antonia Arslan es, indudablemente, otra nueva «historia sagrada». El texto se nos presenta desde el comienzo, sobre todo en su primera parte, como un relato antiguo, colectivo, anónimo y fabuloso. En estrecha unión con el tono de evocación del relato antiguo y trágicamente fabuloso del texto, el italiano de *La masseria delle allodole* (sobre todo en su primera parte) es un italiano hermoso y culto; más que áulico, es refinado e incluso excelso. Gracias al registro poético de la obra, las palabras de la escritora tamizan los recuerdos antiguos, gracias a su sensibilidad refinada, hasta remodelarlos. Se llega de este modo a una evocación lírica del propio pasado y a una resolución novelada de la historia del pueblo armenio; cierre narrativo plasmado en el mejor estilo aventurero de la novela popular del «Ottocento». En esta *conclusio narratiōni*, se asiste, sin embargo, a un descenso estilístico hacia registros de lengua familiar. El italiano de la familia sirve mejor a la autora para congraciarse con el lector en la resolución última de esta historia de devastación. Sin duda, la amplia cultura literaria e histórica de Antonia Arslan es en esta empresa su mejor aliada.

El relato de su vivencia familiar se recubre así de un tono infantil, lírico, evocador, familiar, ágil y ameno, pero también reivindicativo. Con voluntad de justicia, siempre expresada de una manera implícita, se reclama en la obra el reconocimiento oficial del exterminio de un pueblo. Se trata de un exterminio casi sepultado en el olvido.

Después de todo lo dicho, *La casa de las alondras* (título de la versión española) podría interpretarse como un texto *religioso*. La esencia de lo sagrado y de

lo divino se hace presente en la novela de un modo innegable. Dios se encuentra en esta historia misteriosamente, sobre todo en los momentos de mayor desolación. Se debe poner de relieve que con las palabras *Ov sirun, sirun* acepta la muerte de salvación amorosa, como un nuevo Cristo encarnado con ropas de mujer, la gran heroína de la segunda parte de la novela.

En esta misma línea, parece conveniente recordar también que la función pragmática del texto se suma además a la voluntad *religiosa* de su autora. Con *La casa de las alondras*, Antonia Arslan ha intentado aunar a un pueblo disperso, expoliado, ultrajado, exterminado. Ha querido ligar entre sí a los armenios con su propio pasado y con su *diáspora*, hacerles reivindicar su historia y desterrarla del olvido. De esta manera, gracias al recuerdo vivencial de la injusticia perpetrada en la propia familia armenia de Antonia Arslan (representación de toda comunidad perseguida), la obra acerca al lector a la odisea de otros pueblos amenazados en la actualidad, a su dolor y a su devastación. Se apela así a la conciencia de todos los seres humanos de buena voluntad en la defensa de los inocentes, en la búsqueda de la paz, de la justicia y de la «felicidad».

La escritora italiana no ha querido hacer caer en el olvido el exterminio del pueblo armenio, que a diferencia de lo sucedido con el judío, pocas veces ha sido relatado. Turquía fue la responsable de la masacre, y todavía hoy guarda silencio. Sin embargo, las palabras de Antonia Arslan (como ya lo hiciera Primo Levi en 1947 con *Si esto es un hombre*) no nacen del odio, ni del deseo de venganza. El afecto de la memoria y la voluntad de rescatar del olvido a los suyos son el motor de la obra. La escritura es para la autora, a pesar del dolor revivido con ella, un bálsamo contra el tiempo trágico de su familia, y también un ensalzamiento heroico y agradecido a las mujeres de su casa, las que accedieron al sacrificio en aras del amor y de la defensa de la vida.

Tras la muerte trágica del tío Sempad y de todos los hijos varones de los Arslan (núcleo temático de la primera parte), se abre paso en la novela al éxodo de los supervivientes (centro temático de la segunda) y a la resistencia heroica de las mujeres: Sushaning y Azniv, fundamentalmente. La mayor y la más joven se dan en esta crónica apocalíptica el relevo en la defensa de las niñas y del niño vestido de chica, los únicos que llegaron a Italia para reunirse con Yerwant, el que a los trece años había dejado Anatolia para estudiar en Venecia.

El desencadenamiento trágico de la historia narrada tiene lugar, como ocurrió realmente, en la primavera de 1915, momento en el que Italia decide entrar en guerra y momento en que los dirigentes turcos (con casi un mes de antelación) habían decidido exterminar a los armenios. Para aquella primavera, Sempad esperaba ansioso la visita de su hermano Yerwant, el profesor italiano, casado con una noble de Padua. Para recibir a la familia de Italia, Sempad preparaba con mimo, cuidado y delicadeza la *casa de las alondras*, la casa de campo refinada y *liberty* en la que se consumará, casualmente, el sacrificio de todos los varones.

Se inicia después de este momento de extrema violencia, en el segundo punto narrativo, la historia del éxodo y de la *diáspora* de los familiares de la autora, la lucha de las mujeres de la casa por dar salida a sus hijos. Justamente en este segundo tiempo de la obra, en el que el peso de las mujeres es decisivo, se deja

sentir también otro gran amor literario de la escritora: la narrativa popular *al femminile*, a caballo entre XIX y XX. La figura trágica de Azniv, *la dulce hermana* de Shushaning, aun respondiendo a la realidad de los hechos, es recreada según el modelo sentimental y romántico de las grandes heroínas del melodrama y de la narrativa popular de todo el siglo XIX. Ella, Azniv, la muchacha del geranio rojo en el pelo, la enamorada, lleva al extremo el arquetipo femenino trágico-heroico de la cultura decimonónica. Ella encarna indudablemente la *pasión salvadora*.

La novela se cierra con la continuación de la vida y con la posibilidad de la esperanza. La esperanza es la mensajera del libro. Ha permitido, a través del recuerdo, llevar a la propia autora hacia una *nueva vida*. Un renacer existencial privado, marcado, definitivamente, por el reencuentro personal con sus orígenes armenios. Pero además la esperanza y el libro han posibilitado más aún el relanzamiento histórico colectivo de la comunidad armenia, quien, tras su congregación el 25 de abril de 2005 y gracias a la *La casa de las alondras*, parece estar menos desperdigada que antes.

Antonia Arslan, con esta obra de renovación creativa, sigue siendo la de siempre, fiel a sí misma. En *La casa de las alondras* como en *Dame, donne e galline* (Padua, CLEUP, 1988) o en *Dame, donne e regine* (Milán, Guerrini, 1996) se ha dedicado a rescatar la memoria justa de los silenciados. Desde dentro y desde fuera del recinto de su propia casa y de su propia Universidad, con pasión y con sensibilidad, en un alto estilo literario y académico, la autora de la novela se ha entregado, como lo hacía antes desde las aulas de la Universidad, a salvar del olvido a *la galaxia sumergida*.

A la escritora, a la profesora y a la investigadora del hecho literario les ha interesado siempre, en cuanto que mujer, en cuanto que «escritora» y en cuanto que italiana de origen armenio, rehacer la «otra» historia, la de aquellos y la de aquellas que quedan en sus márgenes, pero que son, sin embargo, los y las que componen, sencillamente, la vida.

Desde aquí damos a Antonia Arslan nuestra más sincera enhorabuena por su obra, como ya lo hicimos anteriormente por sus aportaciones críticas. Le auguramos un camino feliz en el mundo de la literatura; un camino más abierto, más gozoso y más justo que otros ya recorridos anteriormente. Que así sea.

Elisa MARTÍNEZ GARRIDO